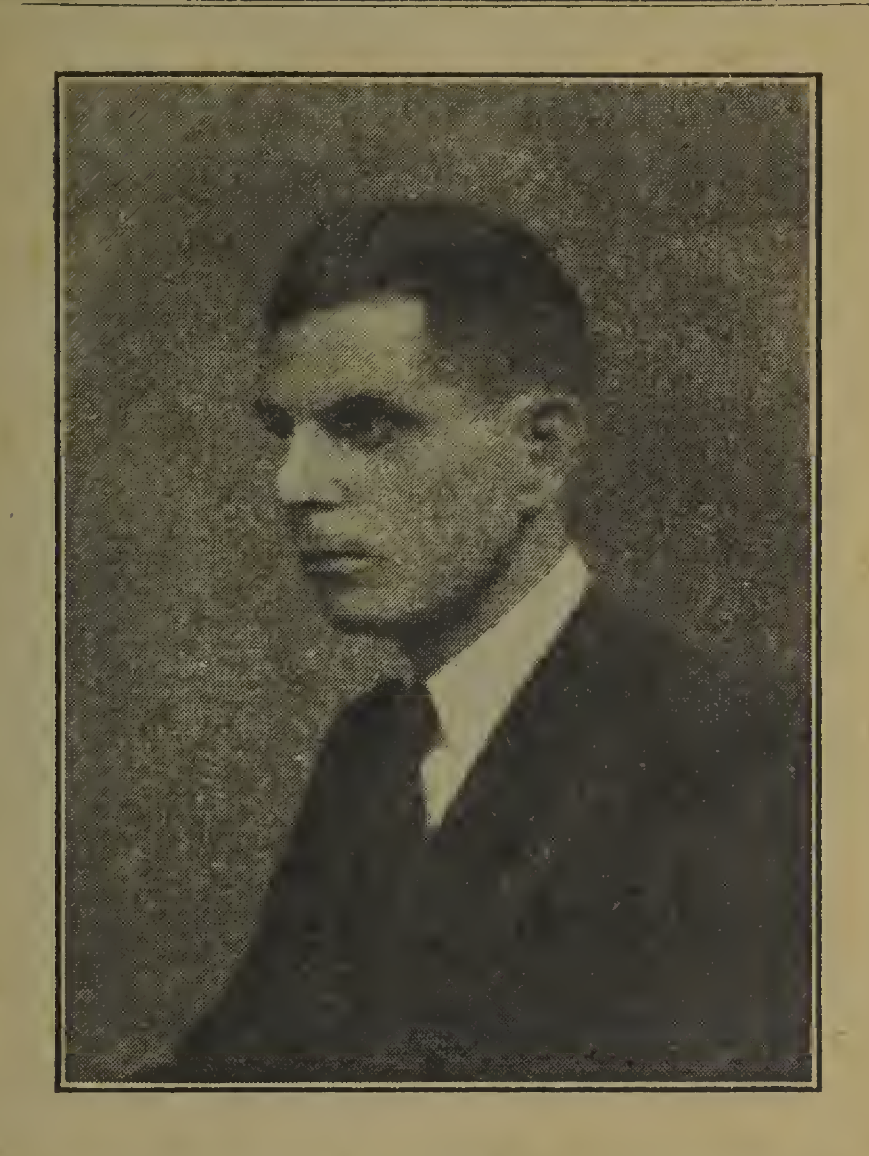
LA GUERRA

TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS

POR

RAMON SUCH SANCHIS



EUROPA
Libertad, 20 - Teléf. 90399
MADRID

LA GUERRA

TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS

POR

RAMON SUCH SANCHIS



EUROPA
Libertad, 20 - Teléf. 90399
MADRID

Al ilustre poeta, D. Francisco Villaespesa, en prueba de agradecimiento, dedicado por su autor - - - - - - - - -

LA GUERRA

TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS

POR

RAMON SUCH SANCHIS

PERSONAJES DE LA OBRA

LEON.— PEPA.— BARTOLOME.— COMERCIANTE.— BLANCA.—ALGUACIL.—VENDEDORES DE PERIODICOS.—ANTONIO.—CAPITAN MEDICO.—GRUPO DE ENEMIGOS Y JEFES.—CAMILLEROS.—HERIDOS.—JOVENES DE LA CRUZ ROJA.—SARGENTO.—MUJERES.—NIÑOS.—ANCIANOS.—TEJEDOR.—TONELERO.

ACTO PRIMERO

Casa decente. Una Virgen en una mesa iluminada. Dos puertas laterales: una en cada lado. Otra, al fondo. Invierno.

ESCENA I

PEPA *entrando por el fondo*

PEPA. (*Las manos a la cabeza.*)—¡Señor, me vuelvo loca! No sé lo que me pasa estos días. Desde que mi hijo espera incorporarse al Ejército es que yo no reposo. Un negro presentimiento me mata. Veremos hoy si su padre ha podido conseguir en la Caja de Reclutamiento librarlo. El caso es que mi hijo se rebela. No quiere él que nos gastemos ningún dinero. Su padre y yo no queremos transigir. Sabemos que se funda razonablemente. Según mi hijo, la Patria está tranquila, y por lo cual el servicio se pasa pron-

to, sin apenas darse uno cuenta. ¿Y si se declarara la guerra como se viene esperando? ¿Qué sería de nosotros si él muriera? ¡Oh, estas dudas me mortifican! (*Arrodillándose fervidamente ante la Virgen.*) ¡Ay, virgencita mía! ¡Salva al hijo de mis entrañas! (*Orando silenciosamente.* BARTOLOME *y* LEON *por el foro.*)

BARTOLOME.—Nuestro hijo es un loco, Pepa. (*Esta se apresura a levantarse.*)

LEON.—¡Ja, ja, ja! Vuestro paternal querer, cuánta pantomima os obliga a hacer.

BARTOLOME.—No digo yo...

PEPA.—¡Hijo mío, no seas así! (*Mirándolo con ternura.*) ¿Qué os ha pasado que tu padre viene mohíno? ¿Acaso no habéis conseguido nada?

BARTOLOME.—¡Nada, hija! ¡Pues..., si éste es un loco!

PEPA. (*Con diplomacia.*)—Cuéntame; a ver, Bartolomé.

LEON.—Nada. Cosas de padre.

BARTOLOME. (*Lo mira enfadado.*)—¡Dice que nada! Pues..., verás, Pepa. Ya tenía casi medio arreglado la libranza de su servicio cuando se acerca (*Indicándolo.*) éste como si fuera un demente, exhortando: «¡Padre, padre!, no gastes por mí ni un perro chico. Quiero ir al servicio. Se hizo para el hombre. Yo quiero demostrar que lo soy yendo.» Y aunque todos le razonamos, por ver si le convencíamos, él se mostró impertérrito, agregando: «¿Es que me vería libre del servicio si no hubiera guerra? En este caso, la milicia es una escuela que todo ciudadano debiera visitarla para provecho del mismo. La clase media y la humilde, por falta de principios y medios moralizadores, adolecemos de urbanidad. Los superiores en el Ejército son cultos, benévolos y buenos maestros para todo aquel que

quiere cumplir con su deber. Por lo cual, padre, te suplico deseches de ti esas pretensiones. Yo quiero ir, instruirme, ahorrarme todos los gastos que puedan ocasionarte mi libranza.»

PEPA.—¿Por qué hiciste eso, hijo de mi vida?

LEON.—Madre..., madre cariñosa; porque ni ustedes necesitan de mí ni yo quiero privarme del deber sacro de servir a la Patria.

BARTOLOME. (*Indignado.*) No pudiendo oír tales dislates, me marcho. (*Vase.*)

PEPA. (*Abrazando a su hijo y besándolo con ternura.*)—¡Hijo de mi vida, qué miedo tengo...! Mi corazón me dicta malos augurios!

LEON.—¡Madre mía, no llores sin fundamento! Todos van..., ¿y qué?

PEPA.—Ya lo sé... (*Sollozando.*) Todos van..., todos van..., alguno se queda allá.

LEON.—¿Y precisamente tengo que ser yo?

PEPA. (*Asida a él y mirándole.*)—No lo sé. Pero una voz secreta me dicta al corazón que ya no te volveré a ver. (*Solloza.*)

LEON (*Compungido.*)—¡Madrecita mía! (*Besándola en la frente.*) ¡Cálmate! No seas pesimista, ¿Por qué no he de regresar?

PEPA. (*Tranquilizada.*)—Porque tú estás muy mimado. Allí te tratarán de cualquier manera, y... (*Llora.*)

LEON.—Pero, madre. Yo también me amoldo a las circunstancias cual otro cualquiera.

PEPA. (*Apaciguada.*)—Los que van allá saben sufrir. Los pobres, desde que nacen, sufren de lo malo a lo mejor; de lo más amargo a lo más dulce, de lo más insufrible a lo más halagüeño; en este sentir pasan todos los grados de la sensibilidad. Toda esta variabilidad de sentires son una ventaja que los apoyados de la fortuna no tienen.

LEON.—Y el que no nace con privilegios, ¿qué quieres qué hagamos?

PEPA.—*Nada*. Lo que hubiera pasado contigo si no mueren tus hermanos.

LEON.—Si no hubieran muerto haría lo que todos: inclinarme a la penuria, fatigas, etc., y ahora desafiaría con embate los acerbados émulos de la vida.

PEPA. (*Recordando.*)—De pequeño te criabas raquítico. Los médicos auguraron tu muerte. Yo corrí, bregué, sacrifiqué la salud, el dinero y el reposo por salvarte. Nunca nos figurábamos que te salvarías. Sin embargo, tus hermanos, bien rollizos y guapos, sin sospechar murieran, transmigraron a la otra vida sin figurárnoslo, en corto lapso de tiempo. Quedando este (*Lo coge del brazo arrobada.*), alfeñique...

LEON.—Que se salvó.

PEPA.—Se salvó... Cuando unas manos suicidas... cuando un deber mal comprendido, peor aplicado, ciegamente obedeció, me lo roba. (*Llora.*) Para... (*Se oye una música. Quedan escuchando Los* QUINTOS *a la puerta.*)

LOS QUINTOS. (*Desde fuera:*)

La guerra ya no es la guerra.
la guerra es un gran comercio;
los «Pillos» van negociando
matando al mundo entero.

PEPA. (*Prorrumpe a llorar.*)—¡Ay, mi pobre hijo! ¡Ya no volveré a ver al amor de mis amores! (*Vase por la izquierda. Por el foro entran los* QUINTOS.)

LOS QUINTOS. (*Tocando, cantando, bebiendo, chillando, armando estruendo.*)—¡Viva la quinta de hogaño!

TODOS.—¡Viva! (LEON, *sonriendo, saca licor e invita a todos.*)

LEON. (*Brindando con la copa llena.*)—A vuestra salud, amigos.

TODOS.—¡Viva León!

LEON. (*Después de beber todos.*)—Vamos a ver a las chicas.

TODOS.—*Vamos.* (*Salen estrepitosamente.*)

ESCENA II

BARTOLOME *y un* COMERCIANTE *por el foro*

COMERCIANTE.—Venía a pedirte un favor.

BARTOLOME.—Dispón de mi casa. Ya sabes que te debo muchos favores y me honraría poder favorecerte.

COMERCIANTE.—Pues ahora mismo necesitaba siete mil pesetas.

BARTOLOME.—¿Qué, tienes mucha mercancía apalabrada?

COMERCIANTE.—Sí, algo.

BARTOLOME.—¿Habrás recibido buenas noticias del mercado?

COMERCIANTE.—Sí... Digo... Vamos, tú eres de mi mayor confianza. Voy a sincerarme contigo. Ayer me dijeron en la capital, personas dignas de creerse, que la guerra está a punto de estallar.

BARTOLOME. (*Sobresaltado.*)—¿Qué dices, hombre?

COMERCIANTE.—Lo que oyes, Bartolomé. Y yo, antes que se declare la guerra quiero llenar los almacenes. Porque como tú podrás comprender, en la guerra, centuplica las ganancias el comercio...

BARTOLOME. (*Aparte.*)—¡La guerra! ¡La guerra!, alegría de comerciante; anhelos de jefes militares; regocijo de fábricas y negociantes; ma-

tadero de personas; plaga de la humanidad; lágrimas de madres, esposas, hermanos y personas queridas; luto de naciones; terror, asco, miseria de los supervivientes. (*Al* COMERCIANTE.) Voy a darte el dinero. (*Desaparece.*)

COMERCIANTE.—Se ha puesto descolorido, meditabundo. (*Reaparece Bartolomé con el dinero.*)

BARTOLOMÉ.—Ahí tienes. (*El comerciante toma el dinero y le entrega un recibo.*)

COMERCIANTE.—Te ruego que lo de la guerra no lo refieras a nadie, porque los vendedores se pondrían en guardia.

BARTOLOME.—Descansa, hombre; vete sin cuidado, que de mí nadie sabrá nada. (*Vase.*) ¡Pobre hijo mío! (*Pasea distraído de un lado para otro.*) ¿Y qué será de su madre? No lo sabrá hasta que la locura imperdonable de los hombres no haya roto sus hostilidades. ¡Pobres quintos, los que ahora váis por ahí tan contentos! (*Vase.*)

ESCENA III

PEPA y BLANCA, *entrando por el foro*.

BLANCA.—Tía, no he visto a su hijo en toda la mañana.

PEPA.—Por ahí anda, con los quintos.

BLANCA.—Mire usted que rehusar de librarse, de ir al servicio....

PEPA.—Pues fué como te lo he contado. Porque esos gastos los quiere ahorrar para coméroslo cuando os caséis.

BLANCA.—¡Qué tontería...! Y que pudiendo librarse... ¿Quiere usted que se lo diga yo?

PEPA.—Hazlo. Creo que todo para él es inútil.

BLANCA.—¿Y por que lo frustaré?

PEPA.—Porque dudo; él es así. Si le has cautivado con el amor, creo que no harás otro tanto con ésto.

BLANCA.—Pues al tío le oí decir..., temo que no vuelvan... En fin, una cosa parecida.

PEPA. (*Zarandeándola.*)—¿Qué dices, chica?

BLANCA.—Perdón. Ha sido una imprudencia mía. Porque lo que dijo el tío no tiene importancia alguna. Excesos de querer paternal.

PEPA. (*Con lágrimas.*)—No me niegues, Blanca. No son absurdos. Yo presiento algo malo. (*Llorando.*) ¡Ay mi pobre hijo! ¡Hijo de mi vida! (*Llorando ambas.*) Virgen Santísima. (*Arrodillándose ante la imagen.*) Devuélveme a mi hijo sano y bueno. (*Entra un alguacil.*)

ALGUACIL.—Buenos días. (*Ambas se levantan aspavoridas.*)

PEPA. (*Hacia el alguacil.*) ¿Qué desea, buen hombre?

ALGUACIL.—¿Y su hijo?

PEPA. (*Asustada.*)—Por ahí va con los quintos.

ALGUACIL.—Pues vayan a buscarle al instante, porque en la Alcaldía hemos recibido un telegrama para que se incorpore la quinta inmediatamente. Mientras, voy a prevenir a los otros. (*Pepa lo detiene angustiada.*)

PEPA.—¿No se había de marchar la semana que viene?

ALGUACIL.—Esa era la orden. Pero el estado nacional se ha trocado.

AMBAS.—¿Qué, qué pasa? ¡Diga usted!

ALGUACIL. (*Titubeando.*)—Temo darles la infausta noticia.

AMBAS.—¡Hable, hable usted!

ALGUACIL.—Ya que no tardarán en saberlo se lo voy a decir. Pero recomiendo mucha calma, calma sobre todos.

Ambas.—¡Hable usted, hable usted!

Alguacil. (*Pesaroso.*)—La guerra, la guerra que acaba de estallar.

Pepa. (*Espantada.*)—¿La guerra? (*Llorando.*) ¡Dios mío! (*Cae desmayada, mientras que Blanca y el alguacil la cogen a tiempo.*)

Alguacil. (*Azorado y Blanca llorando.*)—Anda, joven, llevémosla a la cama. (*Vasen por la derecha.*)

ESCENA IV

Leon y Vendedores de periodicos

Vendedor. (*Gritando.*)—¡La guerra! ¡La guerra! El periódico con noticias de la guerra. La interesante noticia beligerante. (*Vasen. Por bastidores se oyen gritos, clamores, barullo, comentarios guerriles. León entra con un periódico en la mano.*)

Leon.—Ya tenemos la guerra. ¡Guerra que al mundo aterra! Guerra, nombre insustancial, palabras sin efecto, noticia hórrida para el reflexivo, pavor de los escarmentados, alegría de los arbitrios, terror de las mujeres, alegría de los insensatos, temor de los pusilámines, indiferencia de los héroes, desdoro de los cuerdos, exterminio de lo creado, desdicha de la posteridad, piedad para los vencidos, ruina de los vencedores, consternación del mundo y lamentos de la historia. (*Pausa.*) Leamos el diario. (*Lee.*) «Se han recogido interesantes y concretas noticias de que la guerra acaba de declararse, como se venía esperando. El Gobierno ha tomado sus medidas movilizando nuestras tropas al frente enemigo. Corren rumores que, ante las potencias enemigas, el Gobierno determina llamar a filas e inmediatamen-

te las quintas que habían de entregarse la próxima semana, con el fin de proveerse en caso de apuro. Asi también se dice que el Gobierno se propone cerrar fronteras y puertos; instruir militarmente a todos los hombres menores de cuarenta y mayores de catorce años.» (*Aparece* ANTONIO *con un periódico en la mano.*)

ESCENA V

LEON *y* ANTONIO

ANTONIO. (*Trasmudado.*) — ¡León! ¡León! (*Enseñándole el periódico.* LEON *al encuentro.*)

LEON.—Ya lo sé. Ya lo he leído.

ANTONIO. (*Ansiosamente.*)—¿Qué opinas tú?

LEON. (*Triste.*)—¡Malo! ¡Malo, amigo mío!

ANTONIO.—Nos quedan horas...

LEON.—No te engañas. Horas nos quedan de habitar estos lugares de paz y alegría. Aquí nos criamos felices, invisibles, grandes, respetados, admirados... Todas las cualidades buenas del vivir, aquí las teníamos. Y creyendo tan buena a la próvida naturaleza, porque creímos que dependíamos de ella misma; y ahora, una fuerza inferior a ésta y superior a la nuestra, aunque más convencional y fatídica, con manos fraticidas nos lleva a otra parte.

ANTONIO.—Y es verdad.

LEON.—Aquí vivíamos con lo que la vida nos encaminaba...; gustos, disgustos, ofensas, abstinencias, malhumor, alegría, esperanzas, decepciones, humillaciones, soberbia, ilusiones, en fin, de todo. Pero con todo, éramos felices, pasándolo tan bien... que, olvidados del resto mundano, no creíamos que éste se acordaría de nosotros. ¿Quién nos ha-

bía de hacer creer que un pobre y humilde alemán, pongamos por caso, que habiéndose criado en una modesta, económica y alejadísima aldea, ahora, cual nosotros, le obliguen a que nos mate o que nosotros le matemos, sin haber cruzado ningún disgusto entrambos?

Antonio.—Es verdad, y ese mismo alemán que tú has supuesto, si no le obligaran sería nuestro mejor amigo, hermano y protector. Todo esto lo debemos al Gobierno y a los que, para engrosar sus capitales, no reparan en sacrificar a toda esa juventud, plena de optimismo y alegría, progreso de la humanidad.

Leon.—Los que se interesan por la guerra no piensan mal. Pero ellos no pierden ningún ser querido y embolsan los millones con que poder regalarse de comidas suculentas, amantes bellísimas, carruajes lujosos, mantener oronda su familia, bien vestidos, mejor despilfarro, buenos palacios, ricos presentes, reverencias, subordinados, admiradores, aduladores, primos que les ofrecen espléndidos banquetes u homenajes, servidumbre, voz, mando y antojo. En una palabra, con la matanza de unos infelices, los señores interesados de las guerras con el consabido engaño del deber patrio y la defensa de la cuna lar, ellos aprovechan la inocencia del pueblo para recoger la salud engendrada en millones. El sansonete de la patria hay que defenderla porque la han ofendido o porque es deber o porque nos obligan defenderla, o porque sea lo que fuere—que nunca es necesidad si los tales señores no quisieran—en el ínterin ellos bien repantingados en sus deslumbradores y muelles sofás..., servidos mejor de lo que quisieran; nosotros, los infelices, sin otra esperanza que la de quedar muertos o inútiles. Para colmo de nuestra suerte, después de habernos

pasado toda la vida con el desvelo de nuestras madres, el inapreciado sacrificio de nuestro padre, el celo y amparo de las autoridades, la rectitud de las leyes, que crearon los hombres a fuerza de desvelos durante muchos años, todo para que esta detestable vida encontrara la esplendidez y la belleza para mayor desencanto de nosotros. No dejando en olvido las enfermedades y los mil y otros émulos de la vida... (*Entrando Blanca.*)

ANTONIO.—Qué razón tienes, León... Mira, aquí viene Blanca, cuando yo voy a dejarte.

LEON.—¡Vida mía! (*Ambos se buscan.*)

BLANCA.—¡León...!

ANTONIO.—Bueno, os dejo. Voy a aviarme.

BLANCA.—¿Te vas?

ANTONIO.—Sí; adiós.

AMBOS.—Adiós, Antonio. (*Vase.*)

LEON.—Ya sabrás que me marcho.

BLANCA. (*Condolida.*)—¡Sí!... ¡Ay qué miedo tengo de perderte!

LEON. (*Aparentando tranquilidad.*)—Todos no mueren, mujer.

BLANCA. (*Lloriquea.*)—Ya veremos, ya veremos... ¿Has entrado a ver a tu madre?

LEON.—¿Que está mala?

BLANCA.—Cuando se enteró de la guerra, le dió un desmayo. (*Entran los dos precipitados.*)

ESCENA VI

BARTOLOME *apareciendo por el foro*

BARTOLOME.—Si un rayo me hubiera partido por el medio, dándome cuenta después de muerto, no me hubiera condolido como me ha dolido la noticia de la guerra. (*Paseando de un lado para*

otro cual un loco.) Señor, Señor. No creía amar tanto a mi hijo. Ahora lo comprendo lo que es un querer paternal. Ahora que se lo llevan y... ¡a saber si me lo tornarán! ¡Ay, gran Dios! Nunca de Ti se acuerda uno más que cuando nos hallamos en apuros cual el que estoy sufriendo yo ahora. *(Entra Antonio.)*

ESCENA VII

Dicho y ANTONIO

ANTONIO.—¿Ya se arregló León?

BARTOLOME. *(Sin darse cuenta que hay alguien con él.)*—Señor, ¿qué será de nosotros si matan a mi hijo?

ANTONIO.—Señor Bartolomé...

BARTOLOME.—Hola, Antonio. ¿Ya vienes aviado para marchar?

ANTONIO.—Sí, señor. ¿Y León?

BARTOLOME.—No lo sé, chico. Ahora acabo de llegar.

ANTONIO.—No ha mucho me lo dejé aquí.

BARTOLOME.—No lo sé. Voy a ver si está en su habitación. *(Vase.)*

ANTONIO.—Pobres padres. Todos nos lloran como si ya nos hubiéramos muerto. El pueblo anda agitadísimo clamando despavorido. Las familias de los soldados todos lloran. A los Santos les conviene que venga la guerra, la proximidad del peligro, el mar tempestuoso, los agobios en las casas y todos los piálgicos elementos que nos aturden, amedrentan la vida..., que los que nos hallamos en ese tan propicio trance nos acordamos de ellos. *(*LEON, BLANCA, BARTOLOME *y* PEPA *entrando.)*

PEPA. (*A* ANTONIO *llorando.*)—¡Ay, Antonio, qué desgraciada soy!

ANTONIO.—Señora, no se ponga así. La guerra no mata a todos.

BLANCA.—Ni salva a todos ni sanea a nadie.

LEON.—Ya sabemos que las ganancias de la guerra no son para nosotros objeto de importancia a no ser la fortuna de no tornar...

BLANCA.—¡León!

PEPA.—¡Cállate, hijo mío!

BARTOLOME.—Tú siempre el mismo.

LEON.—¿Y qué quiere?

BARTOLOME.—La guerra es una cosa de respeto.

LEON.—¡Ja, ja, ja! Qué gracia me ha hecho usted.

BARTOLOME.—¿Qué no?

LEON.—Hombre, no diga eso.

BARTOLOME.—¿Y por qué no he de decirlo?

LEON.—Porque la guerra... Contiene un fondo en esa palabra sólo y únicamente la muerte roja, o amarilla, u oscura, en total la muerte. ¡Que lo demás son disfraces de rapiña!

TODOS.—Tienes razón, ¿pero qué quieres que hagamos?

LEON.—Desverlarse todos. Protestar unánimente contra la guerra, de la guerra de los que no guerrean. Así como sólo nos ocupamos de hacer comentarios al aire, de berrear en tabernas, tertulias, cafés, etc., etc., porque pasamos el tiempo en trabajos, y otros menesteres mil de poca monta, que no tienen tanta importancia como la vida en la guerra.

BARTOLOME.—No. ¿Vamos a cambiar nosotros el curso de la vida?

LEON.—Si no queréis, callaros al menos.

BARTOLOME.—Cuando uno se siente lastimado, tiene que quejarse.

LEON. (*Con malicia.*)—Pues cuando os hablen de la guerra, o del Gobierno, o de cualquier asunto de máximo interés para la nación, todas esas sociedades, nido del descontento, germen del malestar social, precipicio de la sana razón, se molestarán en vigilar al Gobierno, coligiendo para éste lo mejor y avisarles: «Vuestra vida depende de que no nos portéis guerra», porque si ésta viene, los primeros en morir seréis vosotros.

TODOS.—Tú estás loco. ¿Te crees que se puede decir todo? (*Vasen todos menos* LEON *y* BLANCA.)

ESCENA VIII

DICHOS

LEON.—¡Blanca mía!... Tal vez sea esta la última vez que nos veamos. (*Se arrima a ella.*)

BLANCA. (*Sollozando.*)—¡Oh, León!...

LEON.—Sí, vida mía. Mírame sin reparo, porque la última vez siempre se queda algo para mirar..., sobre todo tratándose del objeto amado... ; que, cuando ya no podemos, nos gusta recordar hasta de los detalles más mínimos a falta de no poder ver lo que antes no nos interesaba.

BLANCA.—¡Ay, León mío, cuánto voy a sufrir con tu ausencia!

LEON.—¿Por qué, vida mía? (*Cogiéndola de los brazos.*)

BLANCA. (*Sollozando.*)—Porque te quiero como el hombre ama la vida ; te adoro cual la carne adora al espíritu ; te venero así como el sentido al sentir. Y este querer mío es tan pobre en imá-

génes, que solamente por eso se me parece que aún te quiero más de lo que te quiero, y que sólo en el sentir del silencio... Me deslumbra su grandeza, me regocija su color, su belleza, intensidad, su fosiformidad, salpicadas de todos los colores, sentires, sencilleces, arcanos, locuras, sensateces, garantías, peligros, salvaciones, perdiciones, el todo, la nada...; en fin, tiene tanto y tan poco amor, que le doy este nombre porque a fuerza de haberle oído pronunciar..., al no poderlo entender por no hallarle ni color, ni forma, ni expresión suya, sólo te digo que te quiero con el sentir de ese nombre, León.

LEON.—Mi bien, ¿cómo estás tan inspirada?

BLANCA.—Ese misterioso amor da elocuencia a todo el mundo. Pero sea como fuere, anhelo, no tu carne, sino al fantasma que llaman amor.

LEON.—¡Qué sibila! Yo también siento todo ese enigma cual tú. Lo venero imaginándome que te venero a ti. El, eres tú, y a ti siempre no te tengo..., del cual, he formado un altar, de encantos y desencantos, de dulzuras y amarguras, de hogueras y témpanos, de esperanzas y decepciones...; según tú, yo siento. Y es más, si amo la vida, es porque tú vives dentro de mi misma vida, en la tal, hay un mundo de ensueños, halagüeñas esperanzas, dentro de éstas, un deseo, dentro de éstos, una dicha, inconcreta como almíbares, y en los cuales, fulgurea una aureola que por centro resplandece tu hechicera imagen.

BLANCA.—¡Ay, León, si siempre te tuviera así, qué feliz sería! Mas al pensar que ya no seguiré teniéndote..., este mismo temor me acibará la dicha.

LEON.—¡Mi bien! ¡Mi vida! ¡Me vuelves loco! Calla..., porque sería capaz de desertar, acarrearme el oprobio y el castigo de la Patria. Pa-

tria, dulcísimo nombre y amarguísimos sin sabores. Patria, digna de sacrificios, si los pillos no comerciaran en ella. Patria, perdición de políticos, malvadora de conciencias, sacrificio de los buenos, mina de tiranos, extinción de la dignidad del hombre y negocio de carretero. Patria, pródigo y propicio vergel de gandules, verdugos y opresores y perseguidores.

BLANCA.—Vete, León, que vendrán a buscarte. No pierdas en ilusiones el más alto deber de ciudadano. Que, al fin y al cabo es la Patria, no son los logreros arenguistas o topistas patrioteros. Ella es buena; ve, defiéndela.

LEON.—¡Y dices bien, adorada mía! (*Vase.*)

ESCENA IX

BLANCA

BLANCA.—¡Ay, Dios mío!! Yo me iré también. (*Aparece* PEPA. *Barullo y gritos en la calle.*)

PEPA.—¿Y León?

BLANCA.—Vistiéndose.

PEPA.—Estoy trastornada. No sé lo que va a ser de mí. ¡La guerra! Declaran la guerra con cuatro plumazos, dos consejos, seis aplausos, tres ceremonias, un billón de aparente pesar, quedando los tales señores orgullosos, frescos como horchata valenciana, cual si acabaran de descubrir un nuevo templo de Salomón. Y que para preparar el confort de estos suicidas, les dan buenos haberes, con el fin de que a su endemoniado cerebro no falte fosforina y puedan urdir nuevas diabluras... mientras que la pobre madre se muere anegada en llanto... ¡Ah, mundo,

mundo!... Qué razón tuvo aquel filósofo al decir: «la vida es broma, pero una broma muy pesada». (*Vasen.*)

ESCENA X

BARTOLOME *y el* ALGUACIL

BARTOLOME.—Creo que está terminando de vestirse. Siéntese.

ALGUACIL.—No, no. Voy a reunirlos a todos. Ya está preparado el camión. De aquí a una hora, saldrán. Apremie a su hijo; yo voy a avisar a los otros. (*Vase.*)

BARTOLOME. (*Desde la puerta, llamando.*)—¡León, León! Date prisa, que os esperan. (*Aparece Antonio.*)

ANTONIO.—¡Señor Bartolomé!

BARTOLOME.—¿Chico, qué te pasa? Vienes muy desfigurado.

ANTONIO.—No hay otro remedio, señor Bartolomé. Han llegado noticias de la capital, y dicen que el parte oficial recibido esta noche declara que el enemigo nos gana terreno a la carrera. Entre armas y gases, lo arrasan todo. Niños, mujeres, hombres, bestias y todo ser viviente, sucumben. Heridos y muertos... no sé cuántos ha habido. Causa horror. (*Entran unos quintos, compungidos.*)

ESCENA XI

Dichos, los quintos y LEON

TODOS.—¡León, ya tenemos la guerra!

LEON.—Debemos defender la Patria, ya que no

hemos sabido extirpar el embrión de ese monstruo que llaman guerra. ¡Viva la Patria!

Todos.—¡Viva!

Leon.—¡Muera el enemigo!

Todos.—¡Muera!

Uno.—¿Qué, vosotros conocéis al enemigo?

Todos.—Es verdad que no.

Pepa. (*Abrazando a su hijo y rompiendo a llorar.*)—¡Hijo, mio, hijo de mis entrañas, que ya no te veré más!

Todos.—Se equivoca usted, señora. Venceremos y volveremos cargados de laureles.

Leon. (*Besando a su familia.*)—No lloréis, queridos míos. Quiero hacerme digno de vosotros. La Patria está en peligro y debo defenderla con el cuerpo, con la sangre, con la inteligencia y con el entusiasmo. Con todo mi buen interés, y mientras me quede un átomo de vida, no dejaré de recordar estos campos de aromas y poesía; estas apacibles y dichósas casas; estas humildes y sinceras familias; este cielo alegre y sin malicia, y todo este conjunto maravillosamente bueno, todo habrá desaparecido bajo el loco exterminio de esa tontuna invención de la peor niñez de los malos sabios, a lo cual llaman guerra.

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Un campamento militar con tiendas de campaña y trincheras. Puertas laterales. Media noche de primavera.

ESCENA I

Oficiales paseándose. Zumbido de cañón ametralladoras, fusil... granadas de mano, ruido de aviación. LEON y ANTONIO, *de militar, atrincherados, arma en mano*

LEON. (*Asustado.*)—Milagro será que no entremos a la bayoneta.

ANTONIO.—Mejor. Así podremos acabar de una vez con esta maldita vida.

LEON.—No pienses así, hombre. Recuerda la hórrida muerte de nuestros paisanos.

ANTONIO.—Y bien que lo recuerdo. Hipólito, al primer combate, de un balazo lo despanzurraron. ¡Qué lástima daba! Enardecido el enemigo por las arengas de sus jefes, no tuvo consideración de nosotros. Embistieron como felinos a la presa. «¡Viva la Patria y muera el enemigo!», vociferaron, enronquecidos. A la palabra de «¡Viva la Patria y muera el enemigo!» siguió cruentísima y horrenda batalla, que regó los campos de inocente sangre de los pobres soldados, tan exentos del rencor de sus contrincantes. ¡Cuántos sucumbieron en aquella refriega! Aún repercuten en mis oídos los ayes, lamentos... y ver el pávido fantasma de la guerra con sus armas monstruosas, sembrando la destrucción... (*Silban proyectiles.*)

LEON.—¡Ya está liada! ¡Noche, inocencia y

muerte! (*Tétrico bombardeo. Aviación.*) ¡Oh, gran Dios. (*Mira al cielo cual un atontado. Gritos, ayes, algazara por todas las parte.*)

ANTONIO. (*Horrorizado.*).—¡León, León, si caigo herido, no me abandones! ¡Yo haré lo mismo contigo! Si nuestra hora está decretada, tú consuela a mis padres... (*Un capitán, sable en mano.*)

CAPITAN. (*Vociferando.*)—¡Desdichados! ¿No veis que el enemigo se nos viene encima? Entraros a la trinchera. (*Explota una bomba y caen heridos el capitán y* ANTONIO.)

CAPITAN Y ANTONIO.—¡Ay, madre mía! (*Caen, mientras que León se duele de un brazo; pero aún recoge a los heridos.*)

LEON. (*Espantado.*)—¡Gran Dios, esto es un infierno! (*Se lleva a rastras al exánim capitán, y al momento aparecen dos camilleros, que recogen a Antonio. Sigue el estrepitoso ruido de combate.*)

ESCENA II

BARTOLOME, *con arma, apareciendo*

BARTOLOME.—Ya va retirándose el enemigo. Mi columna ha quedado en cuadro. (*Por todas partes entra humo.* BARTOLOME *se pone la careta.*) ¡Pardiez, esto no es guerra! (*Desaparece el humo.*) Gracias a Dios, ya respiramos con desahogo. (*Se quita la careta.*) Aún son más terribles los gases asfixiantes que las temibles armas. (*Pausa.*) Ya llegó la guerra. La juventud toda yace por esos malditos campos. Los supervivientes han quedado agonizando o gimiendo en las enfermerías, o inútiles, o combaten en las líneas de fuego... Todavía no he visto a mi hijo. Estamos incomunicados: Las autoridades, cuando no quie-

ren que el pueblo se entere de sus patrañas, corta toda clase de conocimientos al exterior... Así suelen obrar los del margen de la ley a escondidas del mundo. (*Suena el bombardeo.*) ¡Ay! (*Cae herido, con la mano tocándose la cadera.*)

ESCENA III

BARTOLOME. *Un grupo de enemigos hace irrupción con bayoneta calada. Gran bombardeo*

UN JEFE. (*Dando con el pie al cuerpo exánime de* BARTOLOME.)—¡A ellos! ¡A ellos, muchachos!

TODOS. (*Enardecidos.*)—¡Viva la Patria y muera el enemigo. (*Salen corriendo, oyéndose algarabía y tiroteo. Nuevo grupo de soldados entra persiguiendo a los de antes. Entre éstos van* ANTONIO *y* LEON.)

TODOS.—¡Ya huyen los cobardes. (LEON *repara en su padre. Desatiende a los superiores; queda mirando al autor de sus dias; arrodíllase y la besa. En el ínterin todos quedan mirando.*)

LEON. (*Sollozando.*)—¡Padre, padre mío, adónde has venido a parar!

UN JEFE.—¡Venga el médico de campaña! (*A todos.*) Y vosotros a desalojar al enemigo. (*Sin moverse nadie; todos miran a* LEON.)

LEON.—¡Padre mío, padre mío!

UN JEFE.—¡Venga, venga! ¿Qué hacéis ahí? (*Mohino.*) ¡Pedazos de alcornoque! ¡Venga! ¡Hale! (*Sacando una pistola, intimida a que se marchen.*) El que no quiera morir que avance. (*Obedecen sin agrado. Un médico reconoce a* BARTOLOME.)

LEON. (*Al médico.*)—¿Vive?

MEDICO.—Sí. Después, no sé. (LEON *se despide con lágrimas en sus ojos, mirando a su padre.*

Vanse todos; queda el médico solo.) Ya veremos; cuando a un hombre lo mutilan, ¿qué podemos los médicos? *(Bombardeo, ruido de aviación.)* Fuerzas misteriosas de la vida, si no terminais esta carnicería, ella terminará con nosotros. *(Camilleros con camillas traen heridos quejándose.)*

ESCENA IV

Dichos

MEDICO.—Venga, muchachos, una camilla para este herido. *(Dos arman una camilla y colocan en ella a* BARTOLOME.)

BARTOLOME. *(Vuelve en sí.)*—¡Ay, ay, ay, mi pierna! *(El médico se la cura.)*

MEDICO. *(A los practicantes.)*—Muchachos, tres de vosotros que se queden aquí; los otros iros a traeros los heridos aquí; les haremos las primeras curas en este lugar. *(Vanse.)*

UN PRACTICANTE.—Ya que hemos ahuyentado al enemigo, se podría establecer aquí un hospital de sangre y verificar las primeras curas.

MEDICO.—Tienes razón, muchacho. Ya lo tenía yo pensado. Quiero ventilarlo para que se haga como usted dice, porque conviene. Los hospitales de allá están llenos a más no caber. Los facultativos y personal agregado no pueden atender a todos. La mitad o mayor parte de los heridos se nos mueren por falta de cuidado. *(Llegan heridos en camillas, que los camilleros van ordenando.)*

ESCENA V

Dichos, heridos, camilleros

UN HERIDO.—¡Ay, mi brazo!

OTRO.—¡Ay, madrecita mía, qué agonía tengo!

OTRO.—¡Adiós, madre mía, voy a morir!

OTRO.—¡Ay, que mis hijos se quedan sin padre!

OTRO.—¡Ay, ay!

OTRO.—Ay, mujercita mía, que vas a quedar sin esposo!

OTRO.—¡Dios mío, qué dolor más cruel!

OTRO.—¡Ja, ja, ja! Voy a juntarme con los angelitos del cielo, que, según afirman, no son tan locos cual son los vivientes. ¡Ja, ja, ja!

MEDICO.—No sé adónde acudir. Todos están faltos de cura. ¡Qué atrocidad! (*Entra Blanca con traje de la Cruz Roja.*)

ESCENA VI

Dichos y BLANCA

MEDICO. (*Saliéndole al encuentro.*)—¡Loada sea la Providencia! ¡Bien venida sea la heroica joven!

BLANCA. (*Mira con pavor a los heridos.*)—¿Es usted el facultativo que asiste esta enfermería?

MEDICO.—Servidor de usted, señorita.

BLANCA.—Es que venía a ponerme a la disposición de usted. (*Enseña un documento.*)

MEDICO. (*Leyendo el documento que le entrega* BLANCA.) Está bien, respetable señorita. Precisamente ahora mismo me veía en la necesidad de ayuda. Podía recurrir a los soldados; pero prefiero que éstos estén obstruyendo el avance del enemigo. Es preferible a tenerlos aquí. Y que además, el hombre no ha nacido para cuidar solícitamente a los enfermos. La traza, la ternura, la especialidad y el atractivo del bello sexo son altas, certeras condiciones en la mujer, que superan al hombre en todos los conceptos vitales...

BLANCA.—Gracias... Gracias por su favor... (*Reparando en* BARTOLOME, *que ya ha vuelto en sí y la está mirando.*) ¡Tío, tío! (*Se arrodilla ante él.*) ¿Usted aquí?

BARTOLOME. (*Lacio.*)—Sí, hija, sí. Dios quiera que el mal de mi hijo recaiga en mí.

BLANCA. (*Asustada.*)—¿Qué es de León?

BARTOLOME. (*Lastimero.*)—No lo sé, hija, no lo sé. (*Se inicia el bombardeo de nuevo y explota una bomba entre ellos.*)

BLANCA. (*Aterrada.*)—¡Virgen de los Desamparados, sálvanos de esta catástrofe inminente. (*Entra un soldado, trémulo, que entrega una orden al médico.*)

MEDICO. (*Después de leerlo.*)—Muchachos, nos ordena el alto mando que nos retiremos con los heridos, porque el enemigo pugna por asaltar el campamento. (*Apremiando.*) ¡Manos a las camillas, que fuera esperan las ambulancias! ¡Hale! ¡Vivo! (*Aparecen soldados que se llevan las camillas.*)

BLANCA.—¡Llegó la última hora de la humanidad! (*Ruido de armas de fuego, alboroto en el personal y vuelo de aviación. Vanse huyendo.*)

ESCENA VII

Dos bandos entran luchando cuerpo a cuerpo

UNOS.—¡Mueran los cobardes!

OTROS.—¡Traidores! (*Chorrea sangre, van cayendo muertos. Los supervivientes huyen a la desbandada. Aparecen* LEON *y* ANTONIO *ensangrentados, desfigurados y peor vestidos.*)

ANTONIO. (*Fatigado.*)—¡Chico, qué jaleo! Es-

toy sin alientos. (*Déjanse caer sobre sus mochilas, arma en mano.*)

LEON.—De buena nos hemos librado. No sé los meses que no sé de mi casa.

ANTONIO.—Ni yo. Aquí vive uno muerto. No sabe lo que pasa en el resto del mundo. Ni periódicos, ni noticias, ni consuelo. Aquí sólo tenemos tiros, heridos, muertos, sangre y terror.

LEON.—¡El exterminio!

ANTONIO.—Según tengo oído, el Gobierno ha pedido las quintas desde los quince hasta los cincuenta años.

LEON.—Eso se murmura. Hasta la fecha no hemos visto ninguno.

ANTONIO.—Pues si es verdad, tu padre también debe estar aquí.

LEON. (*Con pesar.*)—No lo sé, amigo. Nada sé de ellos. Ni siquiera de mi novia. ¡Esto es muy horrible! (*La corneta toca a correo. Ambos se levantan precipitadamente.*)

ANTONIO. (*Dando cabriolas.*)—Ya tenemos carta. ¡Ya verás cómo tenemos carta! (*Aparecen varios soldados precedidos por el sargento del correo.*)

ESCENA VIII

Dichos

TODOS. (*Gritando.*)—¡Venga esa carta, venga esa carta!

SARGENTO.—¡Silencio! (*Callan.*) Oído: ¡Francisco Devesa! (*Cada uno de los nombrados responde: «Presente», toma su carta y vase.*) Antonio Cigarra, Joaquín Papagayo, León Malicioso.

LEON. (*Dando un salto.*)—¡Presente! (*Toma la carta y vanse todos menos* LEON *y* ANTONIO.)

ANTONIO.—Amigo, cuando uno espera... cuando uno se halla en un infierno incomunicado, ¡qué alegría le da el recibir una carta amiga!

LEON. (*Nerviosamente, rasgando el sobre.*)—Es verdad, amigo. Si las personas que nos escriben supieran el contento que nos dan con sus cartas, no retrasarían tanto la correspondencia.

ANTONIO.—Y dices bien. Parece que al recibir una carta estando ausente... sobre todo estando en la línea de fuego, haga dichoso a uno...

LEON.—¡Toma! Y a todos nos pone contentos. (*Lee.*) «Querido hijo mío: Te escribo todos los días, y tú tardas en contestarme. Tu padre, con los de su quinta, se los llevaron a la guerra. El pueblo está sin hombres. Las mujeres hemos sustituído la ardua labor masculina. Figúrate tú las fatigas que pasaremos las que no estamos acostumbradas a penar... Tu novia se fué de enfermera de la Cruz Roja. En su casa no saben de ella. Ve tú si puedes enterarnos. Por aquí, todo abandonado. Abunda el hambre, la miseria y los llantos, y escasea tanto el pan que sería preferible morir de un balazo a sufrir este calvario de crueldades y amarguras. La guerra, con su faz execrable, se ha retratado en la cara del mundo y de las personas. Dios quiera que termine pronto. Recibe el corazón de tu madre, *Pepa X.*» ¿Qué te has enterado?

ANTONIO.—Me extraña que no sepamos nada de tu padre ni de Blanca.

LEON. (*Contrito.*)—¡Ya veremos... ya veremos! (*Entran despavoridos un grupo de hombres, mujeres y niños.*)

LOS LLEGADOS.—¡Auxilio! ¡Protegednos, buenos militares!

LEÓN.—¿Qué os pasa, buena gente? (*Un anciano habla por todos.*)

ANCIANO.—Escuchen, bizarros militares; nosotros somos de Salchicha. Al vernos atacados por el enemigo, hemos huído antes que caer en sus manos y el pundonor de las mujeres quede lastimado. Preferimos luchar con vosotros, cueste lo que cueste, a caer en manos de los contrarios de nuestra Patria. (*Tiemblan los llegados ante la trágica majestad del campamento.*)

LEON.—Como ven en mí, yo no soy nadie aquí, pero no obstante les doy un consejo bueno, intimándoles a que se marchen antes de que aquí les achicharren las balas enemigas.

TODOS.—¡Mejor! ¡Moriremos como héroes!

ANTONIO. (*A León.*)—Debiéramos avisar antes al capitán.

LEON.—Sí, ve; dile lo que pasa. (*Vase* ANTONIO.) Han de tener en cuenta que aquí no tardará a desarrollarse cruentísimo combate, porque el enemigo pretende este fuerte.

TODOS.—¡Mejor! (*Entran el* CAPITAN *y* ANTONIO.)

ESCENA IX

Dichos, CAPITAN *y* ANTONIO

CAPITAN.—¡Hombres de Dios! Ustedes, al venir acá, tangente a la línea de fuego, no reparan que es ponerse a la boca del lobo.

UN ANCIANO.—Ya reparamos en eso. Preferimos morir aquí a la difícil llegada al puerto de salvación. (*Bombardeo, toque a generala, algarabía en el campamento.*)

CAPITAN.—¡A las armas todo el mundo! (*Todos, armados, se parapetan. Ruido de aviación, ametralladoras, bombas, cañonazos.*) ¡No tiréis mientras no os mande! (*Sigue el estruendo de

armas y quejas de heridos.) ¡Es extraño que la aviación no nos bombardee!

LEON.—Son de los nuestros, capitán. *(Cesa el estrépito.)*

ANTONIO.—Mi capitán, ya que se ha normalizado la cosa, podríamos comer. Llevamos muchas horas sin catar alimento. *(Se levantan todos.)*

CAPITAN. *(Con lástima.)*—¡Pasamos hambre, hijo! Yo no paro de pedir provisiones y siempre me contestan o que no tienen o que no pueden mandarlas. Voy a ver si está ya el rancho hecho. *(Vase.)*

LEON. *(A todos, compadecido.)*—Ya lo han oído: aquí hacemos más ayunos que un místico; en el supuesto que éstos los hagan. Cinco meses llevamos haciendo tan solamente, escatimada, una comida al día.

TODOS. *(Condolidos.)*—¡Pobres soldados! *(Entra el capitán.)*

CAPITAN. *(A dos soldados.)*—Vosotros, a por el barreño. *(Vanse los aludidos.)*

ESCENA X

Dichos. Soldados con el rancho

CAPITAN.—¡A formar! *(Todos en fila.)* ¡Hale! Vayan los de delante a la cola. *(Lastimoso.)* Creo que no va a haber para todos. *(De nuevo el bombardeo. Entra un soldado y se cuadra delante del capitán.)*

SOLDADO.—Mi capitán, acaba de telefonearnos el alto mando que nos preparemos para el ataque. El enemigo se corre hacia acá con intención de asaltar este campamento. *(Vase.)*

CAPITAN.—¡A formar todo el mundo! *(Bombar-*

deo, ametralladoras, cornetín de órdenes, algarabía.)

UN PAISANO.—¡Jesús, que me han muerto! (*Cae. Todos cuerpo a tierra. Lloran los niños, retumba el cielo.*)

CAPITAN. (*Derecho detrás de los tiradores.*)—¡Atención! ¡Muchachos, fuego a discreción! (*Pausa.*) ¡Alto el fuego! (*Silban las balas por encima de ellos.*)

LEON. (*Con coraje.*)—¡Mi capitán, que tenemos al enemigo ahí! Nos van a coger como corderitos.

CAPITAN.—¡Todo el mundo cuerpo a tierra! ¡Envainen bayonetas! ¡Ay, que me han herido! (*Cae.*)

LEON. (*Saliendo de las trincheras.*)—¡Muchachos, no huir, que sería peor!

TODOS.—¡Que aquí nos acribillarán!

LEON.—¡No huyáis! (*Los soldados salen a la desbandada, con un pánico feroz.*)

ANTONIO.—Ya cortan las alambradas.

LEON.—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Morid luchando! (*Entre el estrépito de las armas y la algarabía de los combatientes, aparece el enemigo por la izquierda con la bayoneta calada.*)

ESCENA XI

Dichos y los asaltantes

LEON. (*A los suyos.*)—¡A la bayoneta! (*Gran estruendo.*) ¡Muere villano! (*Cae. A otro, que le da una estocada.*)

ENEMIGO.—¡Jesús! (*Cae.*)

ENEMIGOS.—¡A ellos, que son pocos! (*Después de enconada lucha.*)

LEON.—¡Ay, que me han muerto! (*Deja caer el arma y se pone la mano a la cadera y cae desplomado. Los niños lloran y todos caen en manos de los asaltantes.*)

ESCENA XII

Dichos. Un soldado asiendo a BLANCA

SOLDADO. (*Asido a* BLANCA *con la actitud violadora.*)—No forcejees; no te va a pasar nada malo.

BLANCA.—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Respeta a una mujer! (*Los asaltantes se tiran a las mujeres como fieras a su presa. Lloran los prisioneros.*)

SOLDADO.—¡Já, já, já! ¡Qué miras o qué respetos exige ésta en una guerra donde los hombres pierden su origen para trocarse en inmundas bestias! ¡Já, já, já!

LAS MUJERES. — ¡Canallas! ¡Sinvergüenzas! (*Los soldados pugnan por gozarlas. Ellas lloran, defendiéndose a mordiscos.*)

BLANCA. (*Repara en su amado que yace muerto mientras lucha desaforadamente contra su violador.*)—¡León mío!... (*Su seductor, que repara en León, suelta a su presa.*)

SOLDADO.—¿Fué su novio? (*Entra un ordenanza.*)

ESCENA XIII

Dichos y el ordenanza

ORDENANZA.—Cese la lucha, compañeros. (*Todos lo miran extrañados.*) Amigos míos, se acaba de firmar la paz.

TODOS. (*Dejando a las mujeres, se arremolinan alrededor del ordenanza.*)—¿Qué dices?

ORDENANZA.—Que se acaba de recibir una orden que dice ha sido firmada la paz, y a nosotros que hagamos la retirada, respetando a todos y a todo.

TODOS. (*Saltan de contentos.*)—¡Viva la paz! (*Vanse los asaltantes, cantando un himno de paz.*)

ESCENA XIV

Dichos menos los asaltantes

BLANCA. (*Arrodillándose ante su novio, aún sin pulso, junto al cual se halla Antonio.*)—¡Señor, ya que se ha terminado este matadero, devolvedme a este ser adorado! (*Lo besa, cuando vuelve en sí.*)

LEON. (*Lacio.*)—¿Eres tú, alma mía?

BLANCA.—Sí, León mío. La Providencia, cansada de darme tantos infortunios, me devuelve al predilecto de mi corazón.

LEON.—Blanca, ya sé que me quieres. Déjate de aleluyas y ve si puedes curarme. (*Antonio, que torna en sí.*)

ANTONIO.—¡Qué oigo! (*Mirando a Blanca.*) ¿Tú aquí?

BLANCA.—Sí, Antonio. No lo sabríais, a lo mejor, que yo me vine tras vosotros de enfermera.

LEON.—Sí, me lo escribió mi madre.

BLANCA.—Bueno; voy a traeros medicamentos para curaros. Luego os contaré las peripecias que he pasado. Por de pronto, os digo que la paz acaba de firmarse. (*Vase. Los dos amigos se quedan mirándose recíprocamente, incitados por la novedad.*)

LEON. (*Dudando.*)—¿Será posible? Ella no mintió nunca. Los cañones ya no zumban. (*Los super-*

vivientes confirman lo que ha dicho Blanca. Esta reaparece.)

BLANCA. (*A los que no están heridos.*)—Amigos míos, ayudadme a curar a los enfermos, porque yo siento tantísima alegría que sola no podría. He oído tañer las campanas celebrando la perigrinidad más grande en los humanos: ¡la paz!

TODOS.—¡Viva la paz! ¡Guerra a la guerra! (*Curan a los heridos.*)

ESCENA XV

Dichos. Varias personas aparecen bandera en mano. Se oyen las campanas, disparo de morteretes, melodías musicales, gritos, alegría y vivas a la paz.

BLANCA.—Gran Dios, qué cambio tan grande desde un momento ha: llegué últimamente aquí precediéndome la muerte, escarnecida por el destino, renegada por mí misma... Cuando las viles manos iban a derrumbar el castillo más valioso de todas mis ilusiones ante el inanimado cuerpo de mi amado, llegó esa tan inapreciada y tan pocas veces retenida, llamando en mí todo lo que de grandilogio tiene la paz.

TODOS.—¡Viva la paz!

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

Un campo con árboles talados que obstruyen las veredas, cadáveres, cruces, restos de batalla, horror... Dos puertas laterales. Día estival, espléndido.

ESCENA I

BLANCA y LEON, *que va cojo, con muletas, apoyando el otro brazo con el de su novia*

LEON.—¡Ay, ay, qué dolor más agudo siento! ¡No puedo más!

BLANCA.—¡Paciencia, amado mío, paciencia!

LEON.—¡Si es que no puedo! Es muy grande mi dolor.

BLANCA. (*Tierna*).—Ya lo sé, adorado mío... ¡Paciencia!

LEON. (*Quejumbroso.*)—¿Tú crees que no tengo muchísima paciencia? Si no fuera por ti, ya me habría suicidado.

BLANCA.—¡Vamos, hombre, no seas así; olvida eso, que me pones nerviosa! Ya ves tú: peor hubiera sido si te hubieran matado, u otra cosa peor de las que por desgracia les ha tocado a tus compañeros de infortunio.

LEON.—Pero me han dejado peor que todo eso: ni tengo salud ni miembro alguno bueno, ni haberes para remediar mis males; ¿qué hemos sacado de la guerra? Perder mi robustez, la salud y los bienes. Como que el más aventajado en una guerra es aquel que no sobrevive a la guerra misma.

Blanca.—Calla, no digas eso, que se burlarán de ti. ¿Acaso te falta alguien que te cuide cual tú te mereces? ¿Qué, no tienes ningún sér querido que te ame como tú quieres? ¿Ni nadie quien merezca el cariño tuyo...?

Leon.—¡Ay, sentémonos un poquito, que estoy que no puedo más! El dolor es muy fácil de consolar si no lo sufres; pero el que lo tiene... ¡ay, qué terrible!

Blanca. (*Enternecida.*)—¡Vida mía! Te veo más malo que ningún otro día. Haz un supremo esfuerzo y vámonos a casa.

Leon. (*Debilitado.*)—Sí, estoy muy malo. La tisis acabará conmigo.

Blanca. (*Persignándose.*)—¡Virgen Santísima, qué cosas dices!

Leon.—Es verdad. Mis pulmones se hicieron polvo con los gases, la fatiga y el hambre en esa condenada guerra. Sí, ¡la verdad, flagror de mi existencia! ¿Por qué ni para qué esconder a nadie lo que no puedo esconderme a mi naturaleza? Al examinarme, los médicos mueven la cabeza, denotando con esto que mi salvación será difusa. Además, mis sentidos son mejor facultativo que nadie, porque ellos mejor que el médico sienten sus potencias. Voy a morir, sí, Blanca mía; acostúmbrate a olvidarme. (*Lloriquea* Blanca.) Un día u otro os dejaré. (*Pausa.*) ¡Si al menos se hubiera salvado la fortuna de mis padres!... Pero el imperdonable furor bélico lo destrozó todo. Ahora los pobres padres míos sufren de verme sufrir... y no poderlo remediar.

Blanca. (*Gime.*)—¡Ay, mi deseado sentir! ¿Qué será de mí, si se realizan tus profecías?

Leon.—Vamos, vamos. Un dulce amargo amor sustituye a otro. (*Vanse.*)

ESCENA II

Bartolome, *del brazo de* Pepa

Bartolome.—Por todas partes que voy me encuentro con la hórrida huella del cáncer belicoso. (*Mirando los estragos y los cadáveres.*) He aquí en qué viene a parar la usura de cuatro bergantes que incitaron a que se matara la gente en un disfrazado negocio, que los muy desvergonzados se atreven a llamarle guerra.

Pepa.—¡Causa pavor!

Bartolome.—Pues este sitio es el que mejor se puede visitar. Es verdad que los escombros que nos han quedado en el pueblo imponen respeto, porque formamos el supuesto de qué sería de nosotros si fuéramos los tales despojos. No sería... digo, sí sería mejor porque nos ahorraríamos de ver la maldad de los bismanos carnívoros. Dejando lo que se debe para el bien de nuestras conciencias, te digo que lo que más me molesta es el hedor pestilente de los cadáveres: gérmenes mortiferos de la humana supervibelica.

Pepa.—Y que lo puedes asegurar. Lo que es en el pueblo, con las casas derrumbadas, las familias sin hogar, los subsidios tan por las nubes, que aquí no han podido bajar aún. ¡Ay Dios y Señor nuestro, y qué de crueldades nos aporta la guerra!

Bartolome.—No te acongojes, amada esposa, que yo me hallo más optimista que nunca; aunque las fincas se nos han evaporado, y nosotros... ¡ay!

Pepa.—Y nosotros en la calle. Ya ves; antes de la guerra éramos los más decentitos del pue-

blo; ahora, unos pobres historiadores de nosotros mismos.

BARTOLOME.—Y menos mal que pudimos salvar este estorbo de vida que llevamos sobre sí para castigo de nuestra terca y persistente ignorancia.

PEPA.—¡No digas eso! ¡Dios es bueno! Y los humanimales no lo son porque no pueden...

BARTOLOME.—Porque no pueden desentrañarte. Además, Dios no dice nada a nadie, sea como fuere, y los hombres, cuando oyen, ven o leen los defectos, siempre creen que los defectos los tiene otro, mas nunca ellos.

PEPA.—¡No te opongas a Dios!

BARTOLOME.—Yo no quito el valor a Dios, aunque nosotros pasamos el infierno en vida.

PEPA.—Sé circunspecto; os habéis salvado, podemos pasar, disfrutamos de esta vida... Peor sería (*Indica los cadéveres*) si imitarais a esos desgraciados yaciendo putrefactos y pasto de gusanos.

BARTOLOME.—No lo sabemos. Vivir en lo vivido... (*Hace un gesto.*)

PEPA.—¡Tate, hombre, no digas esos dislates! El justo nunca se divorcia con el bienestar.

BARTOLOME.—Tres pitos me importaría esto si tu hijo no lo hubiera de menester. Porque ahora mismo lo llevaría a buenos especialistas, le daría buenos alimentos y mejor comportamiento. Pero la fatalidad, encarnada en necesidad... Ni tenemos un perro chico, ni acreedores, porque somos muchos con pocos...

PEPA.—¡Ay, qué dolor es la comprensión!... El que nos trae la guerra pasara por agónica estrechez, cual la nuestra; tal vez al correr de las generaciones la guerra, con su significado y nombre, desertaría de la imaginación de los hombres. (*Pausa.*) ¡Ay, Dios mío! ¿Vendrá en algún tiem-

po algún Gobierno que castigue a los condenados fabricantes de la guerra?

BARTOLOME.—Lo veo imposible, Pepa. Unica y obligatoriamente debían de hacerlo...; los ciudadanos, vigilar; los gobernantes, obrar en pro de la glorífica causa; mas sería pedir un imposible de la probre humanidad; siempre los cirujanos de la gangrena beligerante fundirían sus carnes de cualquier material que no fuera carne de humo y de peste..., aunque los fundirán de plomo, que, en todo caso, lo podríamos colgar a las rejas para vergüenza propia.

PEPA.—¿Y por qué no podrían abolir el detestable vicio de la guerra?

BARTOLOME.—Porque en ese caso sería no haber dinero ni vientos de sapiencia.

PEPA.—Es que esas marisabidillas, en vez de ocuparse de cotillear, hermosearse, usurpar cargos de hombre, atender lo que es expresamente la vida, podrían recordar a sus hijos, y este mismo acicate les movería a quitar de la cabeza del hombre toda clase de extinguir vidas.

BARTOLOME.—¡Ah, no! No culpemos de todo a la infeliz mujer. Si los ciudadanos dejaran de ser canes ladradores..., si no fuesen cobardes..., si fuesen hombres de corazón..., en vez de que esas censuras emitidas en los rincones en holocausto del silencio, o en los parleros periódicos, o en cualquier otro sitio ineficaz todos a los promovedores de la guerra les dijeran «tenéis pena de la vida si nos traéis la guerra...», y todas las potencias hicieran lo mismo, la guerra se acabaría...

PEPA.—¿Cómo se ventilarían los agravios de una y otra nación?

BARTOLOME.—El cuerpo diplomático resolvería todos estos asuntos por medio de multas aplicadas

a los delincuentes, o que se mataran los que quisieran o los agraviados entre sí, que haciendo todo el mundo lo mismo extirparíamos la loca beligerancia.

Pepa.—¿Nos vamos? Me estoy impacientando por tu hijo.

Bartolome.—¡Pobre de él! Gracias a que no llegará a ver la fementida amarga realidad con respecto a su novia...

Pepa.—¿Qué quieres decir?

Bartolome.—Pues que Blanca no se casará con él.

Pepa.—Tú chocheas. Siempre le mostró cariño... Hasta fué a buscarle a la guerra. Ya ves.

Bartolome.—Entonces León esperaba heredar una fortuna más que mediana; ella sólo tenía el palmito de su cara... Pero los extremos se han trocado.

Pepa.—Su padre, de simplísimo tejedor, se convirtió en la guerra en un Creso.

Bartolome.—Quizás si te dijera mis sospechas me dieras la razón: Antonio se casa con Blanca, según he podido apreciar con la amistad de ambos padres.

Pepa. (*Retirándose.*)—¡No digas esas cosas! Blanca no es capaz de dejarlo por nada.

Bartolome.—Los necios y las mujeres nunca queréis bautizar la realidad; sentís su aplastante hiel, pero no queréis determinarla, y si os la concretan, tomáis antipatía al que os la dicen. (*Vánse.*)

ESCENA III

Entran Tonelero *y* Tejedor

Tonelero.—Yo, gracias a la guerra, he levantado la cabeza.

TEJEDOR.—Y yo. Nuestra edad pudo librarnos del servicio.

TONELERO.—¡Ea, lo pasaremos mejor!

TEJEDOR.—¡Ay, ya lo creo! Tú tienes fabulosa fortuna.

TONELERO.—¡Quiá, un pedazo de pan para no morirse de hambre uno!

TEJEDOR.—¡Cáspita, dice que un pedazo de pan, cuando puede comprar el pueblo entero!

TONELERO.—¡Quiá, no creas...!

TEJEDOR.—¿Que no lo crea? Todos saben las hipotecas que tienes, el dinero que prestas a todos, las ofertas a los que quieren venderte, y, por ultimo, te digo que en el pueblo todo se sabe.

TONELERO.—Unicamente me preocupa mi hijo Antonio.

TEJEDOR.—Ya debía casarse. Que, aunque inútil de un ojo, puede vivir muy bien con su esposa.

TONELERO.—¡Ya lo creo! Yo les daría sobrantes para que vivieran bien.

TEJEDOR.—¿Y a quién espera?

TONELERO.—No se quiere casar.

TEJEDOR.—¿Tú se lo has dicho?

TONELERO.—Estoy cansado de indicárselo.

TEJEDOR. — ¡Ya ves qué tontunas! Con tan buenas chicas como hay por ahí esperando un tirla para casarse...

TONELERO.—Es que en él pasa una cosa: quiere a una, y ante el escrúpulo de traicionar al amigo, novio de la cual, se abstiene.

TEJEDOR.—¿Su rival es rico?

TONELERO.—Lo fué. Ahora es un mísero, sin salud. Y tan verdad es que gracias a mí, aunque me está feo el decirlo, puede marchar adelante. Mas ya me canso de darles, porque no les veo

los medios de poderme pagar; y para coronar su suerte, están inútiles ambos.

TEJEDOR.—Si no me engaño, te refieres a Bartolomé.

TONELERO.—Sí. ¿Para qué ir con más rodeos? Bartolomé está en la ruina; su hijo, inútil y sin vida.

TEJEDOR.—Pues mi hija Blanca no será su esposa, te lo aseguro. ¡No faltaba más!

TONELERO. (*Hipócritamente.*)—No los disgustes; que se casen, que, después de todo, León no vivirá mucho: está tísico.

TEJEDOR.—¿Que se casen? No, señor. ¿Acaso mi hija no tiene algo que agradar? No porque sea mi hija, pero ésta reúne todas las condiciones buenas para que aspire a un hombre bueno, teniendo un porvenir cual el de tu hijo.

TONELERO.—Me pesa haberte dicho nada de esto. No me gustan desarreglos en familias...

TEJEDOR.—¡Deja, déjame estar; ya me entenderé yo, que lo que es si quiere tu hijo, será mi yerno!

TONELERO. (*Yéndose.*)—Hombre, yo... (*Vanse.*)

ESCENA IV

Entran LEON y PEPA

LEON.—Pues, sí, madre; Me tiene intrigado la ausencia de Antonio y Blanca. Hace muchos días que ninguno de los dos viene a verme. De aquél, no me extraña, porque solía visitarme de largo en largo; pero lo que es Blanca.... a no ser que esté enferma.

PEPA. (*Aparte.*)—¡Ay mi hijo, si llega a enterarse de la verdad!

LEON.—Y a ti te encuentro misteriosa.

PEPA.—¿Qué quieres que yo haga, hijo de mi vida? Al verte tan alarmado, me descompongo. La suerte tiene sus antojos, y ya que nos vino la mala, lo que conviene es mejorarte...

LEON. (*Enternecido.*)—¡Ay, madrecita querida. qué buena eres! Si todos fuesen lo que tú...

PEPA. (*Amorosa.*)—Al no ser igual... hay que tomarlo como venga.

LEON. (*Apasionado.*)—Lo que yo sufro es por ella. Por ella tengo la sacrosanta paciencia de existir en este escondrijo mundo de víboras, pavos y panteras sicaríacas... Y al pensar que valgo poco, temo perderla.

PEPA.—¡Tú deliras! ¡Qué va a abandonarte ella! ¡Jamás! ¡Nunca! Bien te lo demostró al buscarte en el servicio. Y si te olvidara, ¿qué?

LEON. (*Vehemente.*)—¡Me suicidaría!

PEPA.—¡Tate! ¡Qué locura! ¡Ni ella te aban donará, ni tú cometerás tal villanía! ¿Qué sería de nosotros?

LEON. (*Impertérrito.*)—No dudo de Blanca, pero de su padre, sí.

PEPA.—¿Por qué dudar de su padre?

LEON.—Porque el cual, como otros muchos, explotan el amor de sus hijos como una cesta de tomates, que el que da más por ella, aquel se la lleva.

PEPA. (*Aparte.*)—Pobre hijo, si tú supieras que no te engañas. (*A León.*) Ya te veo fatigado; vámonos a casa. (*Vanse.*)

ESCENA V

BLANCA Y TEJEDOR

TEJEDOR.—Ya lo sabes, hija mía: olvida a León, porque ni te conviene ni vivirá mucho, ni

tiene medios para subsistirte. Te casas con Antonio...

Blanca. (*Acongojada y lloriqueando.*)—¡Si no puedo, padre! Quiero que me mates antes que renunciar a León. Yo comprendo tu buen consejo, favorabilísimo a mi porvenir; pero mis carnes entre carnes de León... mi mundo entretejido con su mundo; cuanto más me exiges que lo olvide, más se arraiga en mí él.

Tejedor. (*Hosco.*)—¡Bah, bah! ¡Quita de ahí! Los jóvenes os pasáis la vida cantando aleluyas... Mi criterio no admite romanticismos. La vida no se pasa con oraciones; cuando la necesidad apremia, no valen coplas ni bobadas de amor.

Blanca.—Padre, sí; prefiero sufrirlo todo con León a tener el tesoro de Creso con Antonio.

Tejedor. (*Indignado.*)—Mira, hija, tú estás confiada; no sabes lo que te hablas. ¡Te casarás con Antonio, quieras o no quieras! (*Vase enfadado.*)

ESCENA VI

Antonio, *con el ojo vendado*, y Tonelero *entrando*

Antonio.—¿Y lo tenéis concertado ya?

Tonelero.—¡Ya lo creo! Me costó zurcir un papel difícil. ¿Qué no haría yo por ti?

Antonio.—¿Querrá ella?

Tonelero. — ¡Bah, qué simplezas! Cuando Blanca se entere... ¡Y que no gusta el dinero a las mujeres!

Antonio.—Vosotros, los padres, tras el disfraz del amor acendrado, queréis comerciar hasta con los hijos.

Tonelero. (*Indignado.*)—Porque sois unos ton-

tos. ¡A ver si vais a comer caprichos! El humo del amor desaparece cuando la necesidad se asoma a la puerta...

ANTONIO.—Es que si uno se casa con el oro, resulta que no es casamiento. Entonces se pacta con el diablo. Además, a los padres os gusta casaros dos veces: la vuestra, que nos da el ser a los hijos, y la de los hijos mismos.

TEJEDOR.—¡Déjate de historias! Tú quieres a Blanca; os casáis, y en paz.

ANTONIO.—Padre, es que mi conciencia repele traicionar al mejor de mis amigos. ¿Qué sería de él?

TONELERO.—¡Venga, venga, déjate de altruísmos! En este mundo, quien piensa así, no tiene vida. Con la conciencia se hace lo mismo que hacen los gobernantes: se le vende al diablo.

ANTONIO.—Has dicho bien: el que tiene cuerpo de ángel y alma de satán, no tiene vida.

TONELERO. (*Amostazado.*)—Di lo que quisieres; te casas con Blanca, o so pena de renunciar a mí. (*Vase.*)

ANTONIO.—¡Padre, padre...! (*Entra* LEON.)

ESCENA VII

ANTONIO. LEON *con muletas*

LEON. (*Alegrísimo.*)—Dichosos los mortales que pueden verte, amigo Antonio.

ANTONIO. (*Avergonzado.*)—¡Hola, León! Aquí me he venido a tomar el sol.

LEON. (*Siempre alegre.*)—¿Has estado enfermo?

ANTONIO. (*Distraído.*)—No... digo no muy bue-

no; bastante para estarme en cama todo el tiempo que no me ves.

Leon.—¡Ah, ya me lo figuraba yo! Por esto te veo desfigurado.

Antonio. (*Aparte.*)—¿Y tan buen chico como es le tengo que quitar la novia por convenio de mi padre? Jamás, aunque pase lo que pase, que del bien no me vendrá nada malo.

Leon. (*Cariñosamente.*)—¿Qué te pasa? ¿Por qué suspiras?

Antonio. (*Avergonzado.*)—Oh, por nada de lo presente. Que me estaba acordando de nuestros tiempos mejores.

Leon.—Mi leal amigo (*Antonio lo mira embelesado*), tú me diste gusto siempre. ¿Por qué no ahora?

Antonio. (*Aparte.*)—¡Arrea, ya está enterado!

Leon.—¿Verdad que no serás capaz de disgustarme?

Antonio. (*Creyéndose descubierto.*)—¡Perdón, perdón, amigo mío! Yo no quise hasta ahora. (*León intrigándose.*) Acabo de sostener acalorada disputa con mi padre, y yo me he rebelado...

Leon.—Pero... ¿qué estás tú diciendo, criatura?

Antonio.—La culpa no es mía...

Leon.—¡Demonio! Si yo te quería decir que no me disgustaras nombrándome la guerra.

Antonio. (*Aturrullado, mirando a León, todo oídos.*)—¡Ah! Es... que...

Leon.—Chico, tú no estás bien. ¿Qué me querías decir de tu padre y qué sé cuanto?

Antonio. (*Confundido.*) — Que... Es decir... Digo... Verás, voy a decírtelo: Me disgusté con mi padre porque los dos no congeniamos, y creía que tú... te referías a él. Tú siempre has sido el mediador bueno entre mi padre y yo, y como aca-

bamos de disgustarnos por cierta frusleria, creí, en un principio, que él, como siempre, había ido a buscar tu diplomacia...

LEON.—Vosotros, siempre lo mismo. Ya te dije siempre que me enajenaba vuestra paz. Al fin y al cabo, riña en casa pronto pasa.

ANTONIO. (*Aparte.*)—Le he colado una trola. Sería un crimen si le hiciera traición. (*A León.*) ¿Tú, cómo vas?

LEON.—Chico, ¿qué quieres que te diga? Hace días que no te veo. Ni a Blanca. Como nos hemos quedado tan arruinados...

ANTONIO.—De mí, ya lo sabes; de Blanca... quizá esté mala. (*Indicando los cadáveres.*) Estos han dejado el aire infectado; raro es el que puede escapar de una gripe fatal.

LEON. (*Sacando del bolsillo quince pesetas de lotería.*)—Mira, compré esta lotería. Tengo quince pesetas; ¿quieres que te regale una?

ANTONIO. (*Aparte.*)—¡Qué bueno! (*A León.*) No, León, muchas gracias. ¡Ojalá te toque!

LEON.—Gracias, amigo. Tú me has querido siempre, y lo tengo muy en cuenta.

ANTONIO.—Y tú a mí. ¿Te acuerdas en la guerra? Disfrutábamos, si a aquello puede dársele este nombre, con nuestras confidencias. Lo de entrambos era para ambos. Hasta llamamos la atención de los jefes. ¿Te acuerdas?

LEON.—¡Ya lo creo! Y seguiremos siendo lo mismo, ¿por qué no?

ANTONIO. (*Recordando a Blanca.*)—¡Ay!

LEON.—Veo que estás malo, no lo niegues; marchémonos.

ANTONIO.—Tienes razón, no estoy bien; vámonos. (*Vanse.*)

ESCENA VIII

Entran PEPA y BARTOLOME

BARTOLOME.—La catástrofe final, esposa amable. Nos despiden de la casa. Tonelero no quiere prestarnos más dinero; las fábricas cerradas, los subsidios escasos y carísimos, las mujeres comerciando con sus encantos para poder comer, los hijos pidiendo pan, los padres buscándolo, la peste que despiden los corrompidos muertos ha diseminado las graves enfermedades que el pueblo sufre; por todas las partes que me dirijo encuentro la mano fatal que nos dejó la guerra. Pudiendo trabajar, nadie me da a ganar un jornal. Mi hijo, necesitado. Y para agobiarnos más en nuestros peliagudos momentos, a Antonio le obligan a que se case con Blança. ¿Qué será de nosotros si a León le sucede algo?

PEPA.—Dios se apiadará de nosotros. (*Vanse.*)

ESCENA IX

ANTONIO y BLANCA, *apareciendo*

ANTONIO.—Nos podemos arreglar si tú quieres; así quedamos bien con nuestros padres, y asunto concluído.

BLANCA. (*Llorando.*)—Si yo te quiero, Antonio, pero comprende, ponte en mi lugar y a ver cómo tomas los arreglos del corazón.

ANTONIO. (*Aparte.*)—Malditas las mujeres, me quiere por el dinero; a él, cuando tuvo, lo quiso con locura, y ahora que ya no tiene...

BLANCA. (*Lloriquea.*)—Ayúdame, tú que eres bueno, no debes creer a nadie; ¿qué sacarás tú de todo esto?

ANTONIO.—¿Que qué sacaría? Obro por mi propio impulso, y no tengo que dar cuenta a nadie. (LEON, *desde la puerta, sin ser visto de la pareja.*)

LEON. (*Para sí.*)—Y no me engañaron, esto es verdad. ¡Dios mío! (*Le da un ataque y cae.*)

BLANCA. (*Sorprendida.*)—¿Qué pasa? ¿No has oído, Antonio? (*Se llevan, desde dentro, al cuerpo de* LEON.)

ANTONIO.—Sí, como si hubiera pasado alguna desgracia.

BLANCA.—Puede ser. Y de lo nuestro, ya lo sabes, o del que tiene elegido mi corazón, o nadie. (*Vase.*)

ESCENA X

ANTONIO

ANTONIO.—No debí de decir nada a nadie; la humanidad es tan falsa, que si encuentra ocasión, obran peor que Judas. Este vendió a Jesús por treinta dineros, y los Judas de hoy te venden por menos de un real. (*Vase.*)

ESCENA XI

TEJEDOR y TONELERO

TEJEDOR.—Mi hija ha hecho un cambio grandísimo; a los primeros días se mostraba hosca, pero desde entonces acá se ha tornado más mansa que una paloma.

TONELERO.—Pues lo mismísimo que a mi hijo.

Lo que yo te decía, en habiendo dinero de por medio... El dinero es un mareo.

TEJEDOR.—¿Cuándo los casamos?

TONELERO.—Según mi hijo, cuando vosotros queráis.

TEJEDOR.—Habremos de hacer oficiales los próximos esponsales.

TONELÈRO.—Qué menos. Somos los más adinerados del pueblo, como tal, tendremos que figurar en semejante acontecimiento.

TEJEDOR.—Así lo creo yo también.

TONELERO.—Pensaba ponerles un taller de toneles, para que puedan vivir la futura pareja.

TEJEDOR.—Vamos hombre, sería mejor de tejidos.

TONELERO.—Es que a mí me fué tan bien con los toneles...

TEJEDOR.—Y a mí con los tejidos...

TONELERO.—Bueno, tiempo nos queda para estudiar esto. (*Vasen.*)

ESCENA XII

BARTOLOME y PEPA

BARTOLOME.—Ya te lo pronosticaba yo. Las bodas de Antonio y Blanca son la comidilla del pueblo. Unos si trae tanto, otros si más cuanto, y cada cual justiprea la dote a su manera de ver. En fin, si León se entera.... ¡ay de su vida!

PEPA.—Y tú crees que no lo sabrá ya. Buenos son los pueblos para no pregonar noticias, cuanto más, siendo de mal efecto.

BARTOLOME.—No sé qué decirte de esto. Los pueblos chicos, algunos grandes a la par, son el mejor periódico de reportaje.

PEPA.—Creo que él lo sabe. Vengo observando en éste, desde unos días a esta parte..., taciturno e incomunicativo. Le miras melancólico, como si dentro de él sostuviera una lucha sin igual de pasiones. Si le hablas, te contesta en si es y en no es o está bien o está mal. No sé si será debido a su mal.

BARTOLOME.—¡Pobre hijo nuestro! (*Enternecido.*) Cada vez que me acuerdo de la guerra... Pensar que uno que vivió ordenadamente y con holgura... La guerra fatal nos quitó la salud, los bienes y los medios para ganarlos. (*Se oye el barullo de una boda, los niños gritando.*)

NIÑOS.—¡Vivan los novios!

PEPA. (*Sobrecogida.*) ¿Boda? (*Se asoma a la puerta.*) ¡Oh, qué veo! (*Se acerca* BARTOLOME.)

BARTOLOME.—¡Blanca va a casarse!

PEPA. (*Llorando.*)—¡Ay, mi hijo! Corramos a casa. Será capaz de quitarse la vida. (*Retirándose.*) Justicia del cielo. ¡Y que todo esto lo germine una guerra! (*Vasen.*)

ESCENA XIII

LEON *entra con un revólver en la mano y cojeando*

LEON. (*Agitado.*)—Aquí, aquí donde fuí tan feliz, aquí me quitaré la vida. ¿Para qué quiero el mundo, si todo lo que éste tiene de interés para mí me lo acaba de quitar? ¡Oh, Blanca, Blanca! ¡Así me pagas lo mucho que te quise! Antaño, que eras una pobre indigente, yo te cortejaba noblemente para hacerte mi esposa, y compartir contigo mi fortuna. La guerra me quita ésta, y tú me abandonas. ¿Qué saqué de la vida? Fuí bueno; cuando tenía, todos me estimaban, y ahora que por ser más bueno, por cumplir con el deber patrio, perdí fortuna, salud, amigos y amor. Para

no tener que agradecer nada a la vida... (*Va a dispararse el arma a las sienes, cuando de improviso entra por detrás* ANTONIO *y le sostiene la mano.*)

ESCENA XIV

Dichos, ANTONIO, *todos los personajes de la obra*

ANTONIO.—¡León!

LEON. (*Iracundo.*)—¿Tú aquí?

ANTONIO.—Ne me mires así, amigo fiel, que yo respeté a Blanca para que fuera tu esposa; fingí las bodas..., toda la tramoya, por dar gusto a los míos, en el ínterin nos hemos enterado que te había tocado el gordo de la lotería en tus quince pesetas, y nos habíamos apresurado a darte la enhorabuena, cuando al llegar a tu casa nos ha dicho tu familia que te habían visto venir hacia acá, desfiguradísimo, y yo, calándome la partida, me adelanté cual alipendi, presintiendo un percance grave... Y así hubiera sucedido si no llego a tiempo. Detrás, vienen todos. Ella te sigue fiel. Y yo... (*Aparecen todos.*)

TODOS.—Enhorabuena, León. Serás feliz cuando tú quieras. (*Blanca se tira a él.*)

BLANCA.—¡León! (*Lo abraza.*)

LEON. (*Estrechándola por la cintura.*)—Luz de mis ojos. (*Se abrazan, y todos los felicitan.*)

ANTONIO.—¡Nunca es tarde si la dicha es buena!

LEON. (*Al público.*)—Creí que el ser bueno no lo estipendiaba la naturaleza. Pero me avergüenzo al recordar que fuí un ciego, porque la virtud, cuando no la pagan los hombres, la remunera la inmutable y justiciera vida.

TELON RAPIDO

FIN



Precio del ejemplar: 0,75 ptas.